

## UN NUEVO REFRANERO ESPAÑOL

En España se venden muy pocos libros. Pero Grullo, á poco que pensara en esto, diría que lo escaso de la venta se debe á que en nuestra nación hay pocos lectores. Pero quizás no diría lo que yo añado: que muchas gentes de esas que por *europeizarse se desespañolizan* de todo en todo, traen de Francia sus libros, al par que sus corbatas, pregonando que del Pirineo acá no crió Dios cosa buena, salvo sus personas y sus caletres. De los lectores restantes, unos leen solamente *de guagua*, pidiendo prestados los libros, y aun no devolviéndolos jamás, y los otros tienen tan chico y sin fuerzas el estómago del intelecto, que con una racionceja de lectura de periódicos lo avian y lo traen campante, sin darle á catar nunca manjar que tenga más sustancia. Agréguese que á las tres cuartas partes de los españoles les estorba lo negro, y que de los poquillos que compran libros indígenas los más no salen de su sota, caballo y rey,

quiero decir, de sus novelas—galicanas de ordinario, ó lo que es peor, pasadas por el empecatado tamiz catalán á un castellano punible—y, descartados aún los estudiantes, cuyos infelices padres hemos de aguantar heroicamente el fiero sablazo con que nos parten por el eje los autores de los libros de texto, casi todos malos, y todos, sin excepción, carísimos, en el restillo de compradores que queda habrá que buscar los muy contados que gastan dinero en obras de enjundia nacional, talísimamente como si ya apenas quedaran españoles en España.

Sobre mi mesa, al lado de estas cuartillas que voy emborronando, están dos libros que salen por fiadores de lo que acabo de decir: dos libros de nuestro veduño, y buenos á carta cabal; mas, por lo mismo, de poca salida en nuestro mercado. Refiérome al *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* que juntó en el siglo xvii el maestro Gonzalo Correas, y que dió á la estampa en 1906 la Real Academia Española, y á otro libro, similar suyo, intitulado *Doctrinal de Juan del Pueblo*, cuyo tomo primero ha salido á luz estos días á expensas de su colector y glosador don Fermín Sacristán, hombre que bien lo entiende, como quien lo trae platicado y practicado de muchos años á esta parte; que no se allegan y se estudian en cuatro santiámenes los 22.000 refranes que él ha juntado y se propone ir dando á conocer en los volúmenes de su hermosa colección.

Antaño el trabajo de los paremiólogos ó refra-

nistas era harto sencillo: reducíase á acumular los refranes y á enhilarlos por orden alfabético de sus primeras palabras, sin más glosa que tal cual ligera indicación de alguna concordancia con otro dialecto, ó tal cual advertencia breve, ya sobre el significado de un vocablo local ó regional, ó ya explicativa de alguna costumbre ó de otra particularidad ignorada ó poco sabida. Esto hicieron el Marqués de Santillana, Hernán Núñez el Pinciano, César Oudin, el mismo Correas y, en general, cuantos se ocuparon en coleccionar nuestros refranes, con alguna rara excepción, como la del insigne maestro Mal-lara, que comentó largamente hasta un millar de ellos. Pero hoy los adelantos de la vasta y complejísima ciencia *folk-lórica*, requieren del paremiólogo otros cuidados, amén de amplios estudios gramaticales, históricos, etnológicos, etc., y el señor Sacristán demuestra conocerlos bien, aunque, por hacer su colección más amena y popular que erudita, no haya extremado en demasía esa prolijidad.

Mi amigo ha clasificado los refranes por materias; "pero como cada tomo—dice—, comprensivo de varios conceptos, publica cuanto acerca de ellos ha dicho la musa popular, cada volumen del *Doctrinal*, leído aisladamente de los demás, no necesita de ninguno de ellos, ni como complemento". El primer tomo contiene cerca de 1.400 refranes castellanos y se ocupa en las materias siguientes: *Abundancia, Actividad, Administración de justicia, Adulación, Adversidad, Agradecimiento, Ale-*

*gría, Ambición, Amenaza, Amistad, Amor, Amor propio, Arrepentimiento, Automovilismo* (mera genialidad del compilador) y *Avaricia*. En cada una de estas secciones ó capítulos se colaciona, y aun se apura alguna vez hasta las seminimas, no solamente la materia refranesca usual en castellano, sino la concordancia con lugares de nuestras obras clásicas y con los adagios de nuestros dialectos peninsulares, del latín y de las lenguas neolatinas.

Por lo que toca al comento, el coleccionador, que, á la cuenta, sabe que las virtudes cardinales, desde que murieron Astete, Fleury y Ripalda, son cinco y no cuatro, pues la Prudencia, la Justicia, la Fortaleza y la Templanza tienen una hermanita muy simpática y agradable que se llama *Sangre ligera*, el coleccionador—decía—ha ido entremezclando lo serio y lo festivo, y haciendo venir á pelo los refranes en el curso de su glosa y relato, sin violencia alguna y como si fuesen lluvia de Abril, cosa que, si no me engaño, aprendería el señor Sacristán en aquella linda coleccioncita, en letra gótica, de *Refranes glosados*, impresa en 1541, y que comienza así: "Vn muy virtuoso hombre, allegandose a la vejez, considerando que los días de su biuir eran breues, desseando que vn solo hijo que tenía fuesse sabiamente instruydo y conseyado para que discretamente biuiesse, de los presentes prouerbios y refranes le doctrinó."

Mas porque no se me gasté toda la pólvora en hacer salvas á la plausible obra de mi colega, algún reparillo le pondré, fuera del referente á los

*tropezones tipográficos y lapsus calami*, que no será difícil evitar en los tomos segundo y posteriores. Dice el señor Sacristán en su prólogo, que él llama *palique de portería*: "No todos los refranes que contiene el libro son *evangelios chicos*, y los hay que rabian de verse juntos. No se equivocó Príncipe al escribir esta donosa fabulilla:

## LOS REFRANES

"Dice un refrán: "En casa del gaitero  
 "Todo bicho viviente  
 "Sale tamborilero";  
 Y otro á su vez: "¿En casa del herrero?  
 "Tues cuchillo de palo es consiguiente";  
 Y esto dice mi potro:  
 "O miente el un refrán, ó miente el otro."  
 Traslado á los Pericos y los Juanes  
 Que miran otros tantos evangelios  
 En todos los adagios y refranes."

Pues advierto y declaro que no estamos del todo conformes, diga lo que quiera el potro del fabulista, y que ese punto, tratándose de un paremiólogo hecho y derecho, como el señor Sacristán—ya que don Miguel Agustín Príncipe entendía de eso no más que unas migajas—, era, ó para no tocado, ó para tratado con mayor detenimiento. Poco á poco hilaba la vieja el copo, y pasito á paso habría que hilar éste, tan llevado y tan traído, de la falibilidad de los refranes. Baltasar Gracián y otros muchos—sus manes me perdonen—pecaron de ligeros al tratar de esta materia "y pa-

sóles, como dije en otro lugar (1), algo parecido á lo que sucedió á uno de los estudiantes de que habla Vicente Espinel en el prólogo de su *Marcos de Obregón*: que al leer *conditur unio, conditur unio*, en la losa de una sepultura, dijo: "¿Para qué "esculpió dos veces una cosa este borracho?", sin caer en la cuenta de que *unio* no sólo quiere decir *unión*, sino también *perla preciosísima*, ni percartarse, por tanto, de que debajo de la losa podía haber, como los había, además de los cadáveres de los famosos enamorados de Antequera, una gran perla y un collar de oro, que el otro estudiante, más avisado, desenterró y vendió en cuatro mil escudos. Por no remontarse, cuando sea posible hacerlo, hasta el origen del refrán, por no penetrar su sentido figurado, por no investigar la significación de las metáforas que contiene, por no darse cuenta de que muchas veces su expresión es irónica, y por no inquirir en qué casos ni á qué cosas se aplica por el vulgo, que es á quien, en punto á refranes, incumbe la interpretación que si se tratara de hermenéutica jurídica llamaría yo *auténtica*, aun el mismo Feijóo, á pesar de su vastísimo saber, calificó de falsos algunos que distan mucho de serlo".

Para rematar estas cuentas: la obra del señor Sacristán es estimabilísima, y con ese *Doctrinal de Juan del Pueblo*, que es muchas cosas á la vez,

(1) En mi discurso de entrada en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, leído el día 8 de Diciembre de 1895.

y, entre ellas, un excelente tratado de esto que ya todos llamamos *mundología*, y aun de *cucología*, que es la quinta esencia mundológica, pueden prevenerse muchos males, y remediarse, si ya, por desdicha, acaecieron. Un libro tal es un buen amigo, cuyo prudente consejo está siempre á mano y nunca se solicita en balde. Y ¿para quién puede estar de más un amigo así, tan cabal y tan fiel, cuando la Amistad, como la Verdad y la Justicia, parece haber volado al cielo, huyendo de la maldad de los hombres?

(A B C, 5 de Diciembre de 1907.)

## XXIII

## LAS SUPERSTICIONES DEL JUEGO

Aquí, donde más falta hacía la ley del *trabajo semanal* que la del *descanso dominical*, pues casi todo, como el famoso ayuno de Gálvez, lo dejamos para mañana, para un mañana ilusorio que nunca llega, aquí, donde cada cual anda por su lado hecho jefe y consejero único de sí propio, las ocho décimas partes de cuantos comemos pan coincidimos por estos días ¡unanidad rara entre españoles! en una aspiración: en la de que nos toque el premio gordo de la lotería de Navidad. Y para atraerlo, seducirlo y conquistarlo, ¡cuánta diligencia y cuánta observancia vana y supersticiosa! Con la mitad de este ahinco, echándolo por buena senda, habría podido salvar su alma el rubicundo Judas.

Lo primero en todo jugador algo avisado es averiguar si tendrá de cara á la caprichosa Fortuna; mas para columbrarlo hay muchas señales. ¿Quién no jugará, verbigracia, si soñó con que

te buscaba el bulto un toro negro, si encontró en la calle un naipe de oros, una moneda falsa, un botón ú hormilla de tres agujeros, ó un pedazo de herradura (no una herradura entera, que á esto llaman tropezar con el calzado propio), ó si vió revolotear juntas dos mariposas, blanca una de ellas? Y la suerte no es tan huraña que no se deje halagar, ni tan autónoma que no se la pueda someter, pues para atraerla con cuatro carantoñas, ó para obligarla, *velis nolis*, á que sirva á nuestro antojo, hay muchos medios, todos fáciles, tales como pasar bonitamente el décimo adquirido por la corcova de un jorobado, llevar en el bolsillo algunos granos de helecho cogidos en la madrugada del día de San Juan, ó esclavizar al diablo amarrándole por un pie, cosa que es sencillísima, pues no consiste sino en echar un nudo al pañuelo al par que se recita una cierta fórmula semirrimada. Todo esto, si el que ha de jugar no sabe que la diosa Fortuna tiene marcada predilección por cualquier *trece mil* y por los números *pelaos* (sin duda, porque la Suerte es prima hermana de la Ocasión, y ésta es *pelona*), entendiéndose por *pelaos*, no sólo los números que terminan en cero, sino todos los de la primera centena. Bien que para saber puntualmente á qué naipe nos conviene apuntar en este juego del monte en que hace de banquero el Gobierno, no hay como coger una lagartija, encerrarla en sitio amplio, rociar en parte de él, para que coma, un poco de harina, y leer luego en esta harina, como por brújula, el número predestina-

do: el bichillo ha de haberlo garrapateado al andar por ella...

Decir *juego* es decir *superstición*: va ésta unida á aquél como la sombra al cuerpo, y es ciertamente para maravillarse el ver como un *esprit fort* que hace gala de su escepticismo, al sentarse á jugar no ocupa, si le aspan, el puesto que acaba de dejar libre un punto que perdió su última peseta. El código del juego del monte, pongo por caso, está contenido en muchedumbre de refranes, que no son *evangelios chicos* sino para el insigne claustro y gremio de los que tiran á Jorge de la oreja. Sólo del as he recogido, entre otros, estos refranes: *As en puerta, rey á la revuelta*; *As, de baraja limpia* (nueva); *Juega el primer as, y no lo perderás*; *As de bastos, rey cierto*; *As más as, rey, ó miente Méjico* (apodo de algún punto mejicano, que no siempre había de ser filipino); *As hondo, nunca se pierde*. No se ha de apuntar simultáneamente en el gallo y en el albur: *Jugador de albur y gallo, azotallo* (otro verbo emplean, representativo de operación más temible), ni se ha de jugar en dos albures seguidos, y por esto decía aquel varón prudente y tahuresco: *Jugador de dos albures, no te casarás con mi hija*; pero sí puede jugarse á un albur solo, y si en él hay un caballo, ¿qué duda cabe, habiendo texto que expresamente lo ha previsto? Éste: *Albur sin gallo, al caballo*. No se ha de cantar ó decir en alta voz el juego que se está dando, porque *Juego cantado, á la vuelta quebrado*; pero si llevaba largo rato de

darse y se quebró, ó volverá, ó no hay ley en el mundo: *Juego largo quebrado, á la vuelta dado*. Por las cartas que al tirar van saliendo y por el modo como asoman se adivinan las que vendrán: *Caballo de cabeza, dos á la mesa; Sota de patas, dos á gatas*. Cayendo un dos á la izquierda, es infalible que ganará, ó no sabía lo que se pescaba aquel zapatero andaluz de antaño, amicísimo de *verlas venir: Á la izquierda un dos, jormas y tó*. Entre caballo y sota, á ésta, por consejo de un práctico antiguo: *La jugada de Aguayo: la sota contra el caballo*.

Mas no todos los refranes de jugadores se basan en la superstición: algunos hay muy verdaderos, como hijos de una larga y dolorosa experiencia, conviene á saber: *Punto fuerte, mirón perpetuo; De Enero á Enero, el dinero es del banquero, ó la lotería es para el lotero; Lo mejor de los dados es no jugarlos*.

Y de las supersticiones garitescas no cristalizadas en la forma de refranes, nada se diga, porque sería cuento de nunca acabar. Con todo, algunas indicaría yo de las muchas que *los del arte* me han referido para acrecentar mis colecciones; mas porque son muy sabidas y porque no todo ha de ir en esta barqueta, y debo tener por preferible lo que más grato sea á la curiosidad de mis lectores, entresacaré algunos agüeros de los tahures de ha tres siglos, tarea que será, como dicen, coser y cantar, teniendo á mano libros tan socorridos como el que Luque Fajardo sacó á luz en 1603 con

el título de *Fiel desengaño contra la ociosidad y los juegos*.

Uno no quería jugar con otro llamado Juan de Santa María, por reverencia al nombre de la augusta Madre de Dios; y muchos, que no uno ni pocos, no jugaban ni á tres tirones con un sujeto que dos nombres tuviese, como Pedro Alonso ó Juan Luis, sin duda porque eran dos suertes para ganar y no más de una para perder, ó porque, como el refrán reza, "dos contra uno..., vuélvome grullo". Caerse el dinero al suelo, *malum signum*, y lo propio estar hacia abajo las cruces de la moneda, haber entrado la luna en lunes, ser martes, mudar de asiento, temblar la mano al barajar, ponerse la mano en la mejilla el mirón, pedirle á uno barato, ó darlo, antes de acabarse el juego, tocar mano ajena la moneda del jugador, entrar pobres en el garito á pedir limosna, mudar de baraja, jugar con hombres graduados, contar el dinero ó hacer torrecillas con él...

"No hay tahir sin mohína", decían, y era y es verdad: quién renegaba hasta de su sombra si empezaba ganando, porque se le venían á la memoria los refranes *Ni primera mano, ni buey blanco*, y *El que gana á la primería, pierde á la derrería*; quién por nada del mundo jugaba con hijos de familia, seguro de perder su dinero, según otro refrán que dice: *Ni con muchachos, ni con borrachos*; uno, "en oyendo pregonar lienzo por la calle, en cualquier estado lo dejaba, y lo mismo si tropezaba en el umbral, estera ó silla"; otro se

daba por perdido de todo en todo si al traer velas volvían el arpón ó despabiladeras hacia él, “temiendo más este tiro que si fuera una jara ó saeta”. Decir á un jugador: “Señor Fulano, de ganancia va vuesa merced”, ó “pésame que vaya de pérdida”, era peor que darle una vuelta de mojicones; y cuando se alargaba la baraja para cortar ó alzar, si el que alzaba lo ejecutaba con la mano izquierda, levantábase en el corro la *bramona* más desaforada, pues no entendían que pudiese suceder á derechas cosa comenzada á zurdas, y se querían comer á quien tal había hecho, gritando: “Todo hombre alce con la mano que se santigua y toma agua bendita.” Y eso que, en frase de Luque, “los más no tenían de cristianos sino lo que apuradamente bastaba para que no los quemasen”.

No tienen más tampoco los jugadores de hoy, ni aun tenemos mucho más los que no jugamos sino á la lotería; porque, bien mirado, fiar á la ciega y necia suerte, con ó sin prácticas supersticiosas, el bienestar y el medro que sólo debíamos fiar al trabajo y al ahorro, ó, dicho mejor, á las virtudes opuestas á los pecados capitales, es menos de cristianos que de gentiles. Irremediable parece, por desdicha, este mal; que si en lo material progresamos mucho, en lo moral más bien atrasamos ó retrocedemos. Y así,

“Malo andaba el mundo  
Tres siglos atrás;  
Malo andaba y anda...:  
Peor andará.”

(A B C, 17 de Diciembre de 1907.)

## XXIV

## MÚSICA Y HECHICERA

Cuando, para celebrar el nacimiento de quien vino á este mundo á proclamar el reinado del espíritu sobre la materia, las gentes, equivocando el camino, se atracan de pavo y á lo pavo, como si ni de nombre conociesen á Jesús, y entre muy gentiles bocados y muy paganos sorbos atruenan villas y ciudades con el acompasado sonar del pandero y de la zambomba, el monótono ruido de estos instrumentos pastoriles me trae á la memoria, invariablemente, el recuerdo de una Nochebuena de mi niñez: un recuerdo que me llena el alma de suave melancolía.

Iba yo á cumplir los diez años, y descansaba en las vacaciones de Navidad, repasando á ratillos mi *musa*, *musæ* y mi *quis vel qui*, aprendidos á fuerza de paseos, en los hermosos claustros de la antigua universidad de Osuna. La muerte de mi madre, aún reciente entonces, había entristecido mi espíritu de tal manera, que todavía hoy, en

el amargo pan de mis tristezas, distingo y paladeo el sabor acre de aquella levadura. Era la Nochebuena. Pandillas de muchachos alborotaban entre los viejos almecees de la plaza, acompañando con zambombas y panderetas las coplas tradicionales, cada una de ellas seguida de este estribillo pedigrüño:

“Dame el aguinaldo,  
Dame los pestiños:  
Si no, no te cantó  
Las coplas del Niño.”

Yo escuchaba aquellas voces de alegría y recordaba mejores tiempos. ¡Qué buenas noches aquellas Nochebuenas en que, después de gustar en familia la enmelada frutilla de sartén, mi madre me acariciaba y me contaba cuentos tan lindos como aquel, cien veces contado, pero siempre nuevo, de *El pájaro que habla, el árbol que canta y el agua amarilla...*! “¡Si á lo menos, ya que mi padre anda atareado en ganar nuestro pan, tuviese yo algunos hermanitos...!”—pensaba. Y anublábanseme los ojos, y se me hacían borrosos los renglones de la gramática de Raimundo Miguel. Reparó en mí Lolilla, una criada muy buena que había cuidado y asistido á mi madre, y tomó á su cargo la generosa tarea de distraerme. Y después de apagar la luz de mi veloncillo de estudio, llevóme á la cocina y probó á divertirme con sus cuentos. ¡Bah! ¡No eran aquéllos mis queridos cuentos de antaño! Después cantó á media voz algunas coplas de Navidad; y como yo, menos

triste, indicase que para cantarlas bien hacía falta una zambomba, Lolilla me dijo riéndose:

—¡Mírala! Ahí, tendida á la bartola, está esa pícara bruja, escuchando nuestra conversación.

Y señalaba con el dedo índice una escoba de palma; una escoba de troncón ó cabo corto; que en Andalucía las mujeres no barren en pie, como por acá arriba, y por eso dice un refrán favorable á las mujeres pequeñas: “Mientras la grande se agacha, la chica barre la casa.” Lolilla cogió la escoba saludándola ceremoniosamente, fingió hablarle en secreto unos instantes, y después, haciendo pasar y repasar el mango por el borde de una mesilla, imitó con grande habilidad el ruido de una zambomba, mientras cantaba:

“Todos le llevan al Niño;  
Yo no tengo que llevarle:  
Las alas del corazón  
Que le sirvan de pañales.”

Por la ternura de esta copla y por lo raro de aquella inesperada música, yo, que ya iba para algo poeta, sentía pena y alborozo, todo junto y mezclado, y á un tiempo reía y lloraba. Cantó Lolilla otros villancicos, y disipada ya enteramente, por entonces, la nube de mi tristeza, cogió la escoba por las palmas, con solos dos dedos de cada mano, y mostrándomela, dijo festivamente:

--Esta picarilla que ves aquí sabe más que tus catedráticos, más que Briján y más que Lepe, Lepijo y su hijo. Conozco yo á una setentona barbuda que hace maravillas con una escoba, no en tonte-



rías de música y jolgorio, sino en cosas hondas y retehondas, de las que ponen los pelos de punta. Pero por lo mismo que son brujas y hechiceras las escobas—y porque lo son llegan á viejas y mueren quemadas—saben de bueno y de malo: ya ves si ésta es trabajadora, que, tan chica y todo, barre toda la casa; ya ves que, aun trabajando mucho, ni come, ni bebe, ni cobra salario, ni pide cama: ahí en cualquier rinconcillo duerme, lo mismo en pie que tendida; y ya ves, además, si se presta á servir de zambomba para que canten las coplas del Niño de Dios... ¿Ves todo esto...? Pues ahora verás como no hay tales castañuelas en el mundo para acompañar unas *siguiriyas*.

Y golpeando alternativamente con las palmas de la escoba en una rodilla y en la mano izquierda, que puso encima de ella, á distancia de poco más de un jeme, y pellizcando á veces con los dedos las dichas palmas, empezó á remedar, con arte de maestro, el alegre *cha, carracachá, cachá* de las castañuelas, dando entrada á la siguiente seguidilla, que cantó á lo picaresco, y espolvoreada con algo de la antigua jerigonza sevillana de los buenos tiempos de Rinconete:

"Una rosca y un bóboyo  
Están bailábando  
Y una onza de québeso  
Está mirábando.  
¡Qué gracia fuébera  
Que un racimo de úbuvas  
Se apareciébera!

.....

Maestra consumada era aquella fiel sirviente en esto que años después, con denominación traída de fuera, hemos llamado en España *folk-lore*, y no breve artículo, sino razonable folleto podría escribirse acerca de la escoba, aunque el ya único viento reinante, el de la generalización niveladora, enemigo declarado de toda poesía, va, á más andar, barriendo y disipando las vistosas nubecillas de las tradiciones y costumbres locales y amenaza con hacer del mundo, en pocos años más, una inmensa tabla de logaritmos.

Todavía figura hoy la escoba en no pocos agüeros populares: suelen ponerla detrás de la puerta de la calle para que se vaya pronto una visita; barriendo los pies de un mozo ó de una moza, no llegará á casarse; y la mujer de un marinero que está embarcado por nada del mundo dejaría la escoba detrás de una puerta, con las puntas hacia arriba, porque tal cosa sería presagio de mortal peligro en la navegación del ausente. Mas estas vanas creencias, muy acreditadas en nuestro vulgo, son como ladrillos sueltos de un edificio arruinado, que por sí solos no dan idea de la construcción de que formaron parte.

El samosatense Luciano, en el diálogo, sabroso como todos los suyos, que intituló *El mentiroso ó el incrédulo*, hace decir á Tiquiades que había oído contar en cierta reunión que un tal Pancrates, hechicero, cuando llegaba á un alojamiento, "cogía una tranca de la puerta, una escoba ó una mano de mortero, la vestía, y pronunciando cierta

fórmula mágica, la hacía andar y parecer un hombre para todos". Este servidor le traía agua, le preparaba y guisaba los alimentos, y lo arreglaba y prevenía todo con la mayor destreza; y "cuando ya no eran necesarios sus servicios, pronunciaba Pancrates otra fórmula, y la escoba volvía á ser escoba, y la mano mano". Claro es que tanto Tiquiades como su interlocutor Filocles se burlaban de estas embusterías; pero tan claro como eso es que de ellas y de otras análogas estuvo lleno el mundo, y que en España las hemos tenido tales, que alguna no parecía sino copiada al trasfloro de la que relató Luciano.

Y pues entre amigos con verlo basta, y yo, examinando y extractando más de doscientas causas de hechicería, tramitadas por la Inquisición de Toledo, he hallado materiales con que demostrar cumplidamente mi aseveración, referiré cierto caso que es patente supervivencia del lucianesco, y que está en un proceso seguido cerca de cuatro siglos ha, en 1537, contra Juana Martínez, también llamada Juana Dientes, vecina de Madrideojos, Circe castellana y pájara de más cuenta que la misma huésped de Ulises. Esta Juana Dientes, confesando ante el tribunal, manifestó, entre otras cosas, que su maestra Mari Gómez le dijo antaño "que tomase una escoba de cabeçuela con que barren, e que tomase esta declarante sus vestidos, e se los pusiese; e primero que pusiese los vestidos en la escoba, que barriese la puerta de un palacio (sala baja) hacia el patio, e dixese:

"Fuera echo;  
"Meto dentro":

e que lo avie de dezir dos ó tres vezes, e asi lo fizo, e despues le puso sus vestidos e çapatos, e que le dixese de que la tuviese vestida: "Galana estays, buena dueña; echar tenemos suerte quien ha de yr" (por la persona que quisiesen traer); e la avia de dezir á la escoba: "Vos avés de yr", "No, sino vos", á manera de porfía, e que avia de contar desde una hasta nueve e avia de dezir á la escoba: "A vos cae, buena dueña: vos avés de yr"; e que la avie de poner tras la puerta del palacio, e asi la puso, e dixo las dichas palabras."

.....

"Pícara bruja" llamaba á la escoba Lolilla, aquella antigua sirvienta. "Pobre sierva, juguete de su mala fortuna", pudo y debió llamarla. Hubieran nacido sus tallos en el esbelto tronco de una palmera datilífera, y, largos y opulentos, con las lacinias rizadas por primorosas manos monjiles, habrían sido llevados al templo, á honrarse tratando de cerca al incienso y al agua bendita y luciendo su gallardo cimbrear entre los alegres *hosannas* del Domingo de Ramos; pero nacieron del pobre tronco subterráneo del palmito, y nacieron para enanillos, y este juego de boliche del nacer los condenó á servidumbre ominosa.

Las Pascuas no se celebrarían como entre paganos si cuantos son palmas de palmera reflexiona-

sen cristianamente que todo lo deben á la caprichosa lotería del nacimiento, pues á antojársele á ésta, bien pudieron ser humildes palmas de palmito.

(A B C, 3 de Enero de 1908.)

## XXV

## LOS DIENTES DE LA SIERRA

(CUENTO PARA NIÑOS)

Una vez el Diablo, pensando en lo mal que le salían sus planes, estaba dado, más que nunca, á todos los demonios. Para colmo de sus desdichas, nueve años antes había nacido en Belén el Niño Jesús, y ya, sin que contra Él hubiera valido de nada la cruel persecución de Herodes, iba creciendo, creciendo, en Nazaret de Galilea, "fortaleciéndose y llenándose de sabiduría", como dice San Lucas, al lado de su Madre, la bendita Virgen María, y de San José, el venturoso carpintero. Y como, para que se cumplieran las antiguas profecías, aquel niño, que era Dios, había de redimir el mundo cuando fuese hombre, el Diablo, meditando en ello, veía su pleito perdido, echaba chispas por los ojos y por la boca y pateaba de coraje. Él tenía que hacer algo muy malo para impedir á todo trance la salvación de las almas, y